



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 14

17.01.2021

DOMINGO DE LA 2ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Primer Libro de Samuel (1 Sm 3, 3b-10. 19).
Salmo Responsorial	Salmo 39 (Sal 39, 2 y 4ab. 7. 8-9. 10).
2ª Lectura	De la 1ª carta de San Pablo a los Corintios (1 Cor 6, 13c-15a. 17-20).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO^① SEGÚN SAN JUAN (JN 1, 35-42):

En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «**Éste es el Cordero de Dios**».

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «**¿Qué buscáis?**». Ellos le contestaron: «**Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?**». Él les dijo: «**Venid y veréis**». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima.

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «**Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)**». Y lo llevó a Jesús.

Jesús se le quedó mirando y le dijo: «**Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que quiere decir Piedra)**».

①.- Los textos del Evangelio están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:



Jesús, fijando su mirada en él, le dijo:

«**Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas**» - que quiere decir "Piedra".

Jesús dirige su mirada hacia nosotros, en la persona de Pedro; es así como nosotros deberíamos aprender a mirarlo a Él. Jesús, hoy también, sigue pasando a nuestro lado, como en aquel día que narra el Evangelio. Es la Segunda Persona de la Trinidad, el Hijo de Dios, nuestro Redentor, **¡¡¡y a qué precio!!!**

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración:

5.- La Oración de Abraham

Aud. General, miércoles 3 de junio de 2020.

Hay una voz que de improviso resuena en la vida de Abraham. Una voz que le invita a emprender un camino que suena absurdo: una voz que le incita a desarraigarse de su patria, de las raíces de su familia, para ir hacia un futuro nuevo, un futuro diferente.

Y todo sobre la base de una promesa, de la que sólo hay que fiarse. Y fiarse de una promesa no es fácil, hace falta valor. Y Abraham se fio.

La Biblia guarda silencio sobre el pasado del primer patriarca. La lógica de las cosas sugiere que adoraba a otras divinidades; tal vez era un hombre sabio, acostumbrado a mirar el cielo y las estrellas. El Señor, en efecto, le promete que sus descendientes serán tan numerosos como las estrellas que salpican el cielo...

Y Abraham sale de su tierra. Escucha la voz de Dios y se fía de su palabra. Esto es importante: **se fía de la palabra de Dios**. Y con esta partida nace una nueva forma de concebir la relación con Dios; por eso, el patriarca Abraham está presente en las grandes tradiciones espirituales judía, cristiana e islámica como el perfecto hombre de Dios, capaz de someterse a Él, aun cuando su voluntad es difícil, incluso incomprensible.

Abraham es el **hombre de la Palabra**.

Cuando Dios habla, el hombre se convierte en el receptor de esa Palabra y su vida, en el lugar donde pide encarnarse. Esta es una gran novedad en el camino religioso del hombre: la vida del creyente comienza a concebirse como una vocación, como una llamada, como un lugar donde se cumple una promesa.

Y Abraham creyó en la promesa de Dios.
¡Crejó y salió!



Abraham vivió la oración en continua fidelidad a esa Palabra, que periódicamente se aparecía en su camino. Es más, Abraham, con su vida, con su ejemplo, nos enseña este camino, esta vía en la que la fe se hace

historia. Dios ya no se ve como un Dios lejano que puede infundir terror. El Dios de Abraham se convierte en **“mi Dios”**, el Dios de mi historia personal, que guía mis pasos, que no me abandona; el Dios de mis días, el compañero de mis aventuras; el Dios Providencia. No es el Dios abstracto o el Dios cósmico, no: es el Dios de una persona, de una llamada; el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob; el Dios que es certeza, que es sentimiento, que es alegría.

Un Dios sorprendente. Abraham tenía cien años y su mujer noventa, más o menos, cuando Dios los visita en la figura de tres huéspedes, a los que él y Sara acogen con esmero y que les anuncian el nacimiento de su hijo Isaac. Y creyeron; se fiaron de Dios. Y Sara concibió. ¡A esa edad! Este es el Dios de Abraham, nuestro Dios, que nos acompaña.

Un Dios fiable. Cuando Dios le pide que sacrifique a su propio hijo Isaac, el hijo de la vejez, el único heredero, Abraham vive su fe como un drama, como un caminar a tientas en la noche, bajo un cielo esta vez desprovisto de estrellas.

También a nosotros nos pasa, ese caminar en la oscuridad, pero con fe: Dios mismo detendrá la mano de Abraham que ya está lista para golpear, porque ha visto su total disponibilidad.

Hermanos y hermanas, aprendamos de Abraham a rezar con fe, a escuchar al Señor, a caminar, a dialogar con Él, pero siempre dispuestos a aceptar la palabra de Dios y a ponerla en práctica.

V. EUTANASIA Y SUICIDIO ASISTIDO SON ETICAMENTE INACEPTABLES (i)

¿Qué es la eutanasia? En el debate público sobre la eutanasia, la terminología se ha vuelto en ocasiones compleja, de modo que se ha llegado a oscurecer el tema sobre el que se discute. Por este motivo, hay que clarificar el significado de las palabras y de las expresiones. Según la definición de la Organización Mundial de la Salud y de la Sociedad Española de Cuidados Paliativos, **«la eutanasia es la provocación intencionada de la muerte de una persona que padece una enfermedad avanzada o terminal, a petición expresa de ésta, y en un entorno médico»**. La eutanasia se considera como un modo de homicidio, que se da normalmente por compasión y en el contexto de una enfermedad.



La Encíclica *Evangelium vitae* de san Juan Pablo II define la eutanasia como **«la acción u omisión que por su naturaleza e intencionadamente causa la muerte con el fin de eliminar el dolor. La eutanasia se sitúa en el nivel de las intenciones o de los métodos empleados»**. Al decir «intencionadamente» se quiere afirmar que no existe eutanasia si no hay voluntad de provocar la muerte.

A veces se distingue entre eutanasia activa y pasiva. La activa sería la que provoca la muerte del paciente mediante una acción, y la pasiva sería la que la provoca mediante la omisión de una acción que debería haberse realizado y se ha dejado de hacer voluntariamente, queriendo que el paciente fallezca. Esta distinción aporta poco. La eutanasia activa no es «más eutanasia» que la pasiva. Si ambas provocan voluntariamente la muerte del paciente, ambas son igualmente eutanasia, es decir, homicidio, y merecen la misma calificación ética. Por esto, hablaremos de eutanasia, sin más.

La expresión **«dejar morir al paciente»** es una expresión ambigua: puede significar **«dejar morir al paciente porque la medicina ya no posibilita su curación...»** o puede significar **«dejar de administrar procedimientos útiles de los que todavía se dispone, para que el paciente muera»**, en cuyo caso sería eutanasia.

¿Por qué la eutanasia y el suicidio asistido son éticamente inaceptables? La intención de eliminar la vida del enfermo, por propia iniciativa o a instancia de terceros, con el fin de que no sufra, poniendo los medios para ello, es siempre contraria a la ética: se elige un mal, es decir, suprimir la vida del paciente, que, como tal, siempre es un bien en sí misma. Esto queda más claro si se tiene en cuenta que, para afrontar el sufrimiento, siempre se pueden elegir otros medios. La ilicitud de la eutanasia o el suicidio asistido no radica únicamente en la muerte del enfermo al que se aplica. También radica en la decisión mala de quien la realiza o colabora en su realización.

Practicar la eutanasia o colaborar en el suicidio asistido no es un simple detalle en la vida del médico o algo que queda «fuera» de él, que no repercute sobre él. Al contrario, la práctica de estas acciones produce una ruptura interior y oscurece la conciencia del bien. La eutanasia daña al médico que la realiza y es un elemento más que refuerza la razón de su ilicitud. Desde el punto de vista de los sentimientos, puede parecer que es una acción compasiva hacia sus pacientes. Sin embargo, la percepción del valor de la vida del paciente se ve oscurecida por su práctica, especialmente si es repetida. Practicarla no es una mera adaptación a nuevos tiempos o costumbres sociales. Produce la ofuscación de una auténtica sensibilidad ética.



LA PRIMITIVA IGLESIA (2) LOS PRIMEROS CRISTIANOS

En un documento importante, Lucas, autor de los *Hechos de los Apóstoles*, describe la comunidad de Jerusalén: «Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando». (Hch 2, 42-47). Este ambiente de alegría y de fervor conquistador es el fruto de tres sentimientos principales:

1. **Su caridad:** Nada les pertenece. Los propietarios, venden libremente tierras e inmuebles para alimentar un «fondo común» en favor de los hermanos pobres. Un servicio social se organiza bajo el control de los Apóstoles, quienes, sobrecargados por las ocupaciones, dejan esta función a los «diáconos». Lucas nos asegura que «entre ellos no había ninguno pobre».
2. **Su unión en Cristo:** En los sacramentos. Por el bautismo pertenecen a Cristo. Por la Eucaristía, «el alimento del Señor», recuerdo de su muerte y de su resurrección, toman conciencia de la intimidad de su presencia. A través de los Apóstoles, testigos de su vida, de su enseñanza, de su resurrección, verdaderos portavoces del mensaje de Jesús: «No tenéis más que un solo Maestro, Cristo». El calor de su convicción va a hacer palpable su presencia actuante: Lo que les anima es el Espíritu mismo de Jesús.
3. **Su espera en la vuelta gloriosa.** El ángel deja entrever a los testigos de la Ascensión, una próxima vuelta del Señor (Hch 1). Y esta espera impaciente se expresa sobre todo en sus oraciones, por este grito: «¡Sí, ven Señor Jesús!»



Este pueblo de creyentes crece en número y en gracia. ¿Va a convertirse en una multitud individualista y anárquica, o en una familia fraternal y jerarquizada? Desde el principio se distinguen:

1. **Los fieles:** creen en Jesucristo resucitado, en su mensaje. Cada discípulo, en su puesto y según sus talentos, debe comportarse como «sal de la tierra y luz del mundo».
2. **Los doce.** Elegidos y formados especialmente, reciben una autoridad: «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha» (Lc 10, 16). Tienen poderes: «a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (Jn 20, 23). «Haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19). Deben realizar una misión: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 19-20).
3. **Pedro.** En el grupo de los doce, Pedro posee la primacía. Jesús se lo ha prometido: «Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16, 18-19). Fieles y Apóstoles reconocen la primacía de Pedro. En el Evangelio se le nombra 118 veces, siempre el primero. Siempre es Pedro quien dirige la comunidad: en el Cenáculo, en la predicación de Pentecostés, en la recepción de las ofrendas en Samaria.